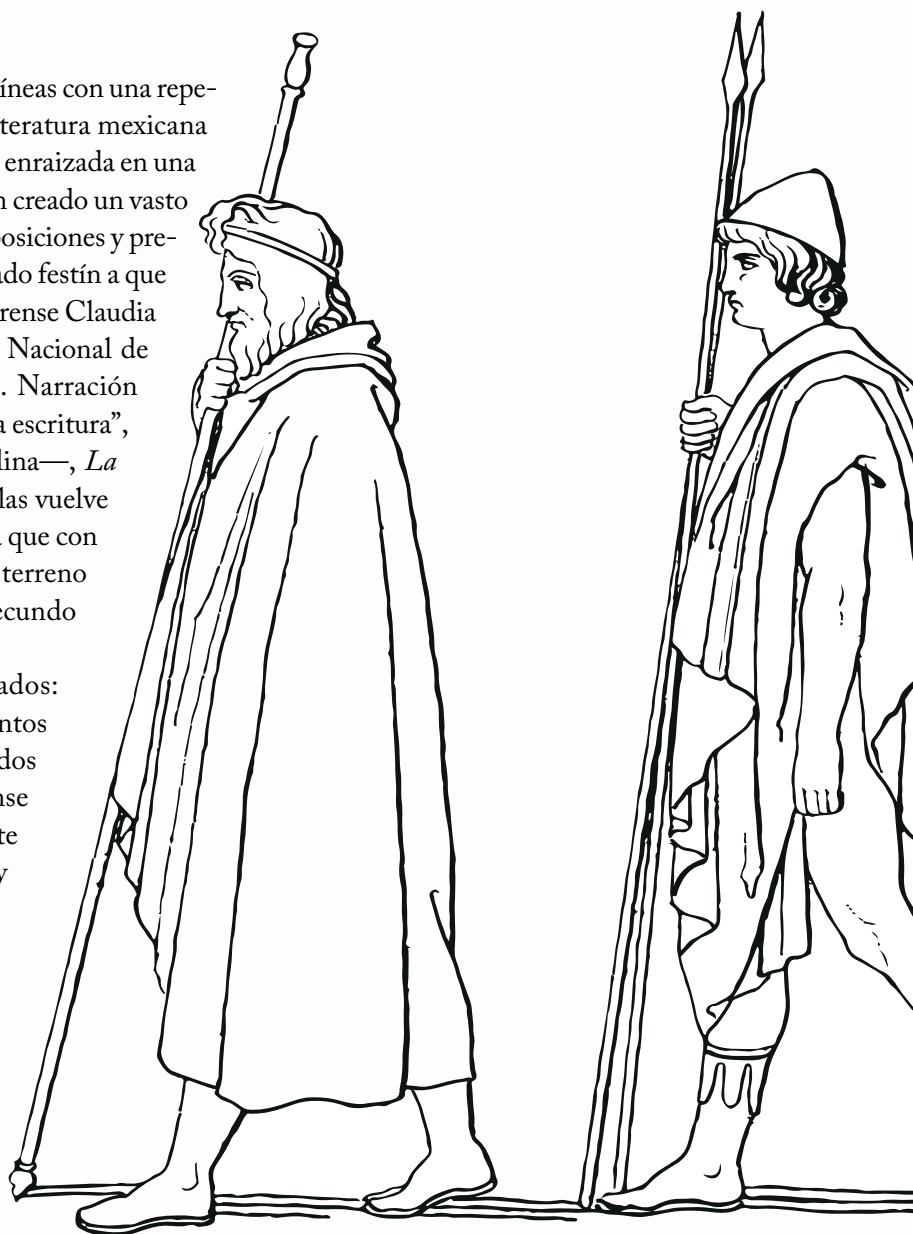


Desaforada telemaquia

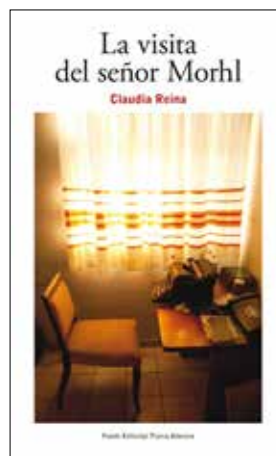
Héctor Antonio Sánchez

QUIZÁ NO SEA UN DESACIERTO INICIAR estas líneas con una repetición de lo evidente y aun lo maniqueo. La literatura mexicana no sabe reír, se dice. La escritura femenina está enraizada en una especial sensibilidad. Los autores del norte han creado un vasto retrato del narcotráfico y la violencia. Tales suposiciones y prejuicios condicionan seguramente el insospechado festín a que invita *La visita del señor Morbl*, obra de la sonorensa Claudia Reina, señalada hace dos años con el Premio Nacional de Novela para Escritoras Nellie Campobello. Narración proteica, delirante a ratos —“un escupitajo a la escritura”, como la quiere su protagonista, Daniel Molina—, *La visita...* nace de un reclamo a las letras y a ellas vuelve sin cesar, en una espiral de seducción y repulsa que con fortuna torna inestable —o innecesario— el terreno de la interpretación y que la inscribe en el fecundo dominio de la literatura carnavalizada.

Reina es autora de tres libros publicados: el drama *La luz al final*, el volumen de cuentos *Paranoias* y la novela *Esto no es una pipa*, todos premiados por el Concurso del Libro Sonorense en 2007. Si perduraba en ellos un ambiente opresivo, austero, marcado por las sombras y aun el tormento, *La visita...*, muy distante, es un texto cifrado por la luz, una cierta luz



Claudia Reina
La visita del señor Morhl
México, FETA, Instituto de
Cultura de Durango
2012, 324 pp.



mediterránea que llega hasta nosotros por virtud del relato de aventuras, la picaresca, el *Quijote* y antes, la novela latina: luminosidad y risotada.

La historia que refiere esta visita es la de una desquiciada telemaquia —pero, ¿podemos acaso explicar el humor sin devastarlo? ¿Deberíamos glosar lo festivo si en ello se nos va su sortilegio?— Daniel Molina, “ser enfermo”, abre el relato con una recriminación a la literatura, que le ha arruinado la vida. Sumido en un estado gris, en que el “mal literario” ha corroído toda naturalidad de la existencia, Daniel es víctima de una conciencia separada de la materia por las formas, caprichos y delirios que pueblan los libros. “Es monstruoso que a veces el arte supere a la vida... quiero vivir en un mundo donde no necesite más que el sol, la lluvia, la calle, el tráfico, los edificios, y no me sienta miserable por eso”. Las madres son sabias: la de Daniel intentó con métodos poco ortodoxos apartarlo del demonio de las letras, fuera deshojando frente al precoz niño lector las páginas del libro en turno; fuera obligándole a cavar hoyos en el patio donde enterrar los indignos restos. Cariátide cruel, incólume, a ratos jocosamente sádica, la madre hace en un descuido una revelación al indefenso escritor: “tu padre tuvo la culpa de esta calamidad”.

La búsqueda del padre deviene obsesión y una noticia extraordinaria, el rescate de un náufrago danés llamado Gustav Morhl en costas de Sonora, inicia la serie de lances que insuflarán la novela: un nombre escuchado en la infancia en boca de un borracho guía

a Daniel en la inamovible convicción de que aquel extranjero es su padre. Viaja a su encuentro, y en una inesperada solución de los hechos, el escandinavo le reconoce como hijo: es la reunión de dos personalidades en la sinrazón afines. A partir de este punto sería infructuoso esforzarse en referir la diégesis: Odiseo frenético, Morhl resulta dueño de una imaginación y un temperamento desbordantes y se integra a la esfera familiar para el infortunio de la incommovible madre de Molina.

Gustav Morhl es, pues, la invasión del carnaval en el natural, gris decurso de la vida, y ello señala uno de los grandes hallazgos de la novela: el paradójico sino del protagonista de rehuir la literatura y hallarla no como forma escrita, sino como forma viva y aun exaltada en la figura del padre. La literatura aparece condenada y a su interior no hay gremio más aborrecible que el de los poetas, pero las hazañas junto a Morhl están imbuidas de literatura misma, de una vibrante concreción de la materia libresca: *La visita...* es obra profundamente híbrida, si conviven sin menoscabo en ella las historias de náufragos, la novela detectivesca, el espionaje, la novela realista decimonónica, el género periodístico, la épica, los viajes al trasmundo, la investigación científica, los relatos de fantasmas y aun las situaciones más disímiles: exorcismos, disfraces, una fallida tentativa terrorista, una trifulca entre poetas —golpiza feliz— y hasta encuentros con Beckett y el enano Rumpeltzchen. No faltan, por igual, guiños a nuestro presente y a un cierto naturalismo de bajos

fondos que ya consignaba la antigua sátira menipea, como nos ha explicado Mijaíl Bajtín.

Tal profusión, así enlistada, corre el riesgo de parecer abigarrada y tal vez caótica y aun de rozar lo inverosímil. Es el tamiz de la parodia quien crea el espacio posible para esta heterogeneidad. La alegre convivencia de géneros acerca cuanto parece lejano y derrumba todo pedestal anquilosado, comenzando por el uso grandilocuente de la poesía. También, la narración respira a ritmos alternos; pese a la notable presencia del humor, hay largas secciones que convocan lo siniestro: la mente del personaje se despeña entre la evidencia de realidad y su reconocimiento imposible. Si en *Esto no es una pipa* esta disociación era una antesala del horror, en su nuevo libro Claudia Reina derriba a la muerte de su pedestal de sombras. Fracturada toda posible unidad del héroe, su conciencia se despliega —con predilección por la primera— entre las dos posibles galerías de la demencia: el camino de la Mancha o el pabellón número 6. Imposible unidad del héroe: naturaleza proteica de la novela.

Sospecho que algunos reproches posibles al texto serán justamente la extrema flexibilidad de su estructura, su proximidad al mero entretenimiento y la inviabilidad de sus anécdotas en el mundo que habitamos. Son riesgos que la autora ha asumido al incursionar en el dominio de lo cómico-serio, siempre observado como traspatio de la gran literatura: salvo los

personajes esenciales, casi todo en él es impermanencia y aun capricho, como la vida que fluye.

En cambio, la adhesión a la desmesura opera a ratos en detrimento de la buena conducta del relato; así algunos episodios se antojan demasiado extensos e incluso redundantes. También, si los personajes centrales son casi irreprochables en sus diálogos —donde es posible percibir ecos de Franz Kafka y hasta de Roberto Bolaño—, las voces de presencias secundarias son por ratos menos naturales y se acercan con peligro a la caricatura o el estilo artificioso de ciertas traducciones ibéricas. Lo mismo ocurre con algunas secuencias lúdicas próximas a formas y fórmulas cosificadas por el cine.

Amén de estos escasos tropiezos, *La visita del señor Morbl* es una novela singular en nuestro horizonte, venida por donde no la esperábamos: el desierto merodea por sus páginas, como las drogas, y una plétora de armas, y aun cierta visión —alegremente misógina, landolfiana— de lo femenino; pero todo elemento ha sido dispuesto en un gran festín, de forma tal que ha perdido su gravedad, su afecto o su violencia. Resurge, desprovisto de sombras, por el lado positivo de la vida. La risa insufla en él nueva sustancia. Risa desaforada ante la fugacidad de la existencia. Risa fértil: derrota del miedo.

“Un escupitajo a la escritura”: ese escupitajo acaba, pues, por ser simiente, y así cuanto su protagonista querría mero denuesto logra, por la fuerza de las imágenes, por la ambigüedad de la materia literaria, por la reunión de farsa y sabiduría de sus referentes; en fin, por el esmero de la prosa misma, profanar y reverenciar a un tiempo a la literatura misma, que es el único tema posible de esta dilatada aventura: hecha carne, devuelta a su dominio, haciendo de las suyas por el mundo, como el diablo. ▀

